

neral Trillo, que reemplazó á Blanco, se hizo dueño de Urcabe sobre Uyarzun, que domina la carretera de San Sebastián á Irún y las de Zubelzu y Glaceta, cercanas á la última villa. El conde de Caserta, á quien don Carlos confió el mando interino de la facción en Guipúzcoa, poco satisfecho del estado de las fuerzas y de los ánimos en aquella provincia, pidió ser relevado para irse con la alavesa, sustituyéndole á poco don Eusebio Rodríguez, ex-comandante del ejército liberal, que se batió bien con sus contrarios en su ataque á Choritoquieta y posiciones inmediatas, obligando al general Trillo á pasar por la amargura de retirarse á la vista del enemigo. Aquella misma noche comenzó éste el bombardeo de San Sebastián, desde la falda de Arratsain. En represalias, dispuso Trillo que se bombardease á Usurbil, Lasarte, Urnieta, Ergobia y Astigarraga. Para romper la línea de los carlistas, Trillo necesitaba más fuerzas y las pedía; los defensores del pretendiente, temiendo su llegada, volvieron á llamar á los tercios formados de casados. Atacados los liberales en Lumbier, acudieron en su auxilio el general Reina desde Tafalla, Rodríguez Espina desde Puente la Reina, y la brigada Araoz desde Berdún. Las fuertes posiciones de la ermita de la Trinidad no pudieron ser tomadas en cuatro horas de porfiado combate. Los carlistas molestaban con sus fuegos, desde la sierra de Leire, á los que de ella se obstinaban en echarlos. Inferiores en número, tenían la ventaja de ocupar excelentes posiciones, y desde las alturas que rodean á Lumbier causaron numerosas bajas á los liberales. Indemnizábase de estas pérdidas el general en jefe en la sierra de Toloño, apoderándose de San León, de Peñacerrada y de Bernedo, cuya defensa había recomendado don Carlos, al que manifestó Pérula que era indispensable reconcentrar las fuerzas, por ser imposible sostener líneas extensas á causa del cansancio del país y de no ayudar las diputaciones. Don Carlos trató de infundirle aliento, y dirigió una alocución á su ejército desde Durango.

Urgía terminar la guerra, y en su consecuencia, acordóse en Madrid nuevo plan de campaña: se disolvieron los ejércitos de Cataluña y del Centro, y se reorganizó y reforzó el del Norte, dividiéndolo en dos, uno al mando de Martínez Campos, que ocuparía á Navarra, y otro que debía operar en las Vascongadas, guiándolo Quesada. Entre ambos sumaban cinco veces más fuerzas que los carlistas. Habiendo dimitido Pérula, púsose al frente de éstos el conde de Caserta. Al aproximarse las operaciones decisivas, temió don Carlos por Estella y encargó defenderla á todo trance. Lama, de acuerdo con Villegas, consideró necesario, como base de todas las operaciones en Vizcaya, establecer lo primero la línea del Cadagua hasta Bilbao, y aprobado por Quesada el movimiento preparatorio que proponía, lo ejecutó exactamente. El tiempo era malo; pero habiendo mejorado algún tanto, atacó Goñi las posiciones de Balmaseda, apoderándose del monte de Celadilla y entrando en la población á costa de pocas bajas. Villegas se situó en Güeñes y sobre Sodupe; Espina fué por el valle de Carranza, y Cassola, desde Bilbao, tomó

á Santa Agueda, las Cruces, San Felipe y Pílon de Azúcar. Los carlistas necesitaron retirarse á Zornoza y sus inmediaciones. Quesada había ocupado la línea de Villarreal, apoyando su derecha en Arlabán y su izquierda en Murua; Córdova se posesionó de Ochandiano, Alarcón y San Antonio de Urquiola; Ciria arrojó á los vizcainos y sedentarios de las elevadas cumbres donde intentaban hacerse fuertes, y el general en jefe penetró en el valle de Arratia, donde halló la muerte el brigadier Verdú, continuó por Ceberio y Arrancudiaga á Miravalles, y entró en Bilbao el primero de Febrero de mil ochocientos setenta y seis. De este modo, no sólo se estableció sólidamente la línea del Nervión, sino que quedó abierto el camino de Zornoza y Durango.

Tenían los carlistas en Guipúzcoa sobre sesenta y dos mil hombres y más de cien fuertes ó reductos, baterías y trincheras, para defender á Guetaria, Hernani, San Sebastián, Rentería, Pasajes é Irún. Hernani había recibido ya como unos diez mil proyectiles, y más de dos mil trescientos San Sebastián. Comprendió el general Moriones, después de haber reconocido la línea enemiga, cuánta sangre costaría al ejército el romperla, y convenciéndose de que lo menos costoso era tomar las posiciones de Garate. Merced á sus acertadas disposiciones y al valor de Mariné, embarcado sigilosamente en Pasajes, fueron conquistadas estas posiciones, y Guetaria se vió libre de su largo asedio. A este puesto se trasladó Moriones, reuniendo catorce batallones: su propósito era envolver al enemigo. Al mismo tiempo, se apoderaban los liberales, cerca de Hernani, de las posiciones y reducto de Vidarte, no sin sufrir muchas pérdidas, por la desesperada resistencia que opusieron los carlistas, que aun la hicieron mayor en Mendizorrotz y Arratsain. Aquí peleóse cuerpo á cuerpo, y los asaltantes consiguieron dominar el Bordacho, rodeándole; pero los carlistas, agotados los cartuchos y granadas de mano, se defendieron á pedradas, hasta que, auxiliados oportunamente, obligaron á sus contrarios á retroceder. El general Morales de los Ríos, que había dirigido estas acciones, echó la responsabilidad del fracaso á los coroneles y jefes de brigada. Sin embargo, Moriones sólo había ordenado que se hiciera una demostración sobre la línea de Arratsain, no empeñar combate. Sus instrucciones no se cumplieron, siendo la culpa, no de los jefes y brigadieres, sino del mismo Morales de los Ríos. En San Sebastián, adonde regresó el trece de Febrero, recibió Moriones el refuerzo de tres batallones. Quesada le avisó que avanzase sobre Cestona para comunicarse con Loma, que se dirigía por Marquina á Elgoivar y Deva, mientras él iba á Elgueta, contestando Moriones que, remediada la mala situación en que había quedado la división Morales de los Ríos, se embarcaría para Guetaria, á permitirlo el estado del mar.

El ejército de la derecha, formado casi todo de fuerzas de Cataluña, reuniase en Navarra. Su jefe, desistiendo de atacar á Estella, juzgó lo mejor dirigirse al Baztán con tropas bastantes; previno á Primo de Rivera que embistiese á Santa Bárbara de Oteiza;

envió una brigada á amagar á Monte Jurra, y emprendió su movimiento el veintinueve de Enero, tomando las posiciones de Alzola y Elcano. Su retaguardia no pudo pasar del alto de Belzunegui, á causa del mal estado del piso y de tener que marchar por fuera de caminos y por bosques frondosos. Contrariado con esto Martínez Campos, pues ya no le era posible sorprender el puerto de Valate, adonde supo que se reconcentraban algunos batallones carlistas, tomó el de Eugui, y su vanguardia empezó á llegar á Elizondo á las nueve de la noche. Encontrándose allí sin raciones, comprendió que no tenía más remedio que avanzar á toda costa, para proveerse de víveres y calzado en Francia, decidiendo apoderarse de Dancharinea sin disparar un tiro, para no violar el territorio francés: algunas fuerzas con picas abrieron paso; restablecióse así la comunicación con Francia, y el general Blanco llegó á Urdax, abandonando la aduana los carlistas. El treinta de Enero, caía en poder de Primo de Rivera el fuerte de Santa Bárbara de Oteiza, experimentando la facción con esta pérdida un rudo golpe. En cuanto supo don Carlos la entrada de los liberales en el Baztán, llamó á Tolosa al conde de Caserta, con quien confirió el dos de Febrero: ya era tarde, sin embargo, para adoptar ninguna resolución provechosa. Martínez Campos, establecidas sus comunicaciones con Francia, se fortificaba en Dancharinea. Corrió el de Caserta á unirse con Pérula, que estaba en Leiza, para atacar á Martínez Campos ó, al menos, contenerlo. Los dos jefes carlistas llegaron el día tres á Vera con dos columnas, llevando consigo un total de doce batallones, dos escuadrones y ocho piezas; desde Vera fueron á Narlarte, mandando á Larumbe á Peñaplata. A pesar de las órdenes de don Carlos, no se atrevieron á acometer á los liberales, que les eran superiores en número y ocupaban muy buenas posiciones: además, nevaba incesante y copiosamente.

Quesada entró en Guipúzcoa ocupando á Vergara, y Moriones avanzó á darse la mano con Loma y Villegas, que habían triunfado en Mendaro y Sasiola: la línea liberal se extendía desde Oñate y Mondragón hasta Deva y Zarauz. En los pueblos recibían á las tropas con repique de campanas, y eran numerosas las presentaciones á indulto. Abiertas por don Alfonso las primeras Cortes de la restauración el quince de Febrero, manifestó ante ellas su obligación y su deseo de contribuir personalmente á la pronta conquista de la paz, marchando á Vitoria la noche siguiente. En consejo convocado por don Carlos en Beasain, se acordó, vista la gravedad de las circunstancias, reunir inmediatamente cuantas fuerzas se pudiese y caer de improviso sobre el flanco derecho liberal, que se apoyaba en Mondragón y Oñate: este plan no pudo efectuarse. A poco el pretendiente salió de Tolosa, donde el día veintiuno entraba don Alfonso.

Martínez Campos necesitaba avanzar á Vera, estando encargada la brigada Navascués de facilitar la marcha, favoreciendo el establecimiento de puentes en Endalarza, para pasar el Bidasoa. «En otro caso, decía Martínez Campos en telegrama cifrado diri-

gido al ministro de la Guerra, lo juzgo imposible, por ser invadable y tener los carlistas minado el puente de Vera». Y agregaba: «Reconocer este punto para ocuparlo ó no, según convenga; para conservar aduana en Dancharinea, dejo á Prendergast con sus batallones, porque aquella posición es malísima; si no paso pronto el Bidasoa, volveré sobre Velate, combinado con Primo, porque en Vera no puedo surtirme de víveres. Sin embargo, si V. E. opina otra cosa, sirvase decírmelo». Este parte evidenciaba que la situación de Martínez Campos, crítica de suyo, podía llegar á ser verdaderamente comprometida. Aquel mismo día (diez y siete), algunas compañías navarras cayeron, sin disparar un tiro, sobre las fuerzas liberales, empeñando un sangriento combate al arma blanca, en que quedaron victoriosas. Las tropas de Martínez Campos vengaron este descalabro á la mañana siguiente, atacando al enemigo y obligándole á retirarse, después de doce horas de fuego y de dar y rechazar cargas á la bayoneta. Con la ocupación por los liberales del alto del Centinela, quedó franco el paso de los Pirineos; el general Blanco se apoderó de Peñaplata, facilitando el avance de Martínez Campos, y, al fin, el ejército de Navarra pudo darse la mano con las fuerzas de Guipúzcoa.

La pérdida de las posiciones de Monte Jurra, de que se posesionó la división mandada por Primo de Rivera, después de duro bregar, hizo comprender á los carlistas que era imposible la defensa de Estella. En su virtud, en junta de generales, convocada por Lizárraga, se acordó abandonar la plaza y los fuertes. El general Primo de Rivera había recibido órdenes del gobierno para hacer sufrir los rigores de la guerra á la ciudad santa del carlismo; mas el citado jefe se limitó á entrar en ella desarmado, al parecer, por un oficio del Ayuntamiento, en que éste le anunciaba que saldría á recibirle. Reinaba el mayor desorden entre los carlistas, los cuales hubieron de reconocer no quedarles más recurso que entregarse ó huir á Francia. Algunas fuerzas se sublevaron, gritando: «¡Abajo los traidores que nos han vendido!»; insultaron á los jefes, y muchos de éstos tuvieron que salvarse á uña de caballo. Nombrado Egaña general en jefe de los guipuzcoanos, fué muerto por los propios rebeldes indisciplinados. Tiraban éstos las armas, presentándose en Tolosa seis batallones á don Alfonso y en Berástegui dos á Martínez Campos. Don Carlos se encaminó á la frontera, que traspuso por el puente de Arnegui, y pocos días después era completa la pacificación de aquellas provincias. El carlismo había sido vencido otra vez. No estaba, sin embargo, arrepentido, y envalentonado con las complacencias de que fué objeto posteriormente, todavía hoy amenaza volver á ensangrentar el suelo de la patria, teniendo España, por su causa, el funesto privilegio de ser la única nación de Europa en donde las ideas por él representadas constituyan un peligro constante para la paz pública.

Libre de enemigos en la Península, mandó el gobierno al general Jovellar á Cuba, en donde ardía también la guerra civil desde hacía años. La lucha allí era aún más terrible

y mortífera, por tener que combatir con los insurrectos y, al par, con el clima y la naturaleza toda. Los refuerzos que llevó consiguió el citado general y las acertadas medidas que tomó, contribuyeron á mejorar algo la triste situación de la Antilla. No obstante, no viendo inmediato el término de la guerra, solicitó su reemplazo, accediéndose á medias á su deseo; pues mientras se le confirmaba en el cargo de capitán general de la isla, se confería á Martínez Campos la dirección de las operaciones militares. Dada la gravedad de la lucha, se estimó lícito apelar á todos los medios posibles para terminarla: se trató de convencer á los insurrectos de la inutilidad de su empeño y de los males que causaban, no sólo á la patria, sino á Cuba; ganóse á unos por el interés, á otros satisfaciendo su ambición, á algunos por el sentimiento, y al cabo de muchos tratos y negociaciones, formalizóse el convenio del Zanjón, con el que concluyó por entonces la insurrección de Cuba, que había costado á la metrópoli más de ciento cuarenta mil hombres y unos setecientos millones de pesos fuertes. Tuvo efecto la paz del Zanjón en Febrero de mil ochocientos setenta y ocho. En Julio del mismo año, se convenían con el sultán de Joló las capitulaciones que aseguraban los triunfos obtenidos en aquella isla por las armas españolas, á consecuencia de la potente expedición dispuesta por el capitán general de Filipinas, Malcampo, para escarmentar á los joloanos, que con sus demasías obligaban á tener cruceros constantes en aquellas aguas, surgiendo á cada buque que se apresaba una complicación diplomática.

Mientras tanto, habíase votado por las Cortes españolas y sancionado por el rey la Constitución de mil ochocientos setenta y seis, que refleja el criterio ecléctico conservador de don Antonio Cánovas del Castillo, alma de la restauración. El nuevo código fundamental, aún vigente, consagra los derechos individuales, con algunas limitaciones, y establece dos Cámaras, el senado y el congreso, componiéndose la primera de tres clases de individuos, por derecho propio, vitalicios y electivos, y siendo electiva la segunda. En el senado se ensaya dar representación á las diferentes clases sociales, pero falta la de algunas muy importantes, y se conserva la anacrónica de la nobleza. El artículo que motivó discusiones más empeñadas fué el once, tachado de radical por los moderados y ultramontanos y de deficiente por los liberales: en él se declara religión del Estado la católica, apostólica, romana, pero añadiéndose que nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido á la moral cristiana. El veintitrés de Enero de mil ochocientos setenta y ocho, contrajo matrimonio don Alfonso XII con su prima, doña Mercedes de Orleans, hija de los duques de Montpensier: á los cinco meses de casada, bajaba al sepulcro la infortunada princesa, víctima de terrible enfermedad. Con este triste motivo pronunció el señor Ayala, presidente á la sazón del Congreso, el más bello y sentido de sus discursos. El veinticinco de Octubre, al regresar don Alfonso de una excursión que había hecho

á las provincias del Norte, cuando pasaba por la calle Mayor, un individuo disparó sobre él una pistola. El proyectil fué á dar en la pared, sin herir á nadie. Detenido el autor del hecho, resultó llamarse Juan Oliva Moncosi, y declaró estar afiliado á la Internacional, aunque colectivamente, junto con otros compañeros de oficio. El atentado causó justa indignación dentro y fuera de España, recibiendo el monarca gran número de felicitaciones por haber salido ileso. La causa se tramitó con extraordinaria celeridad. El juez de primera instancia condenó á muerte al procesado; la audiencia confirmó el fallo; el Tribunal Supremo estimó no haber motivos para el recurso de casación. Gestionóse el indulto con mucho empeño, mas no pudo obtenerse, diciendo el señor Cánovas á don Alfonso que el ministerio no encontraba méritos bastantes para aceptar la responsabilidad de este acto de clemencia.

De los tres partidos dinásticos que había á la sazón: el liberal-conservador, formado por el señor Cánovas; el constitucional, que se había acercado al trono, no sin mostrar con frecuencia recelos y desconfianzas, y el moderado histórico, este último vió operarse en su seno por aquellos días una evolución transcendental. Su intransigencia le cerraba las puertas del poder, y de aquí la grave excisión que surgió en sus filas, dividiéndolo en dos fracciones perfectamente deslindadas: la de los ortodoxos, fieles á todos los principios consignados en la Constitución de mil ochocientos cuarenta y cinco, y la de los progresivos, que se avenían á aceptar los proclamados en la de mil ochocientos setenta y seis, á reserva de aplicarlos, si se les entregaba el mando, del modo más restrictivo posible. Realmente, el partido moderado era un anacronismo; estaba llamado á desaparecer, y no bien iniciada esta crisis, apenas tuvo otro representante que su jefe, el señor Moyano, respetable por su limpia historia, la entereza de su carácter y la firmeza de sus convicciones. La política de España no podía repasar el puente de Alcolea, y la opinión manifestó bien claramente dónde estaban sus simpatías, con motivo del fallecimiento de don Nicolás María Rivero, ocurrido el cinco de Diciembre. Nadie trató de convertir el entierro del ilustre repúblico en manifestación política, y, sin embargo, resultó un acto imponente, digno homenaje al finado y á las ideas que representaba. El señor Castelar, al darse cuenta en las Cortes del triste acontecimiento, trazó en breves palabras un excelente retrato de Rivero, diciendo: «Aquel grande hombre, cuya razón, como el Etna, tenía el frío del raciocinio y el fuego en su seno, que estallaba después en las ideas, ha ido á estrellarse donde únicamente pueden tener fin esos seres, en la muerte..... Aún me parece que le estoy viendo, cambiando las luchas de la prensa por las luchas del foro, la guerra de la tribuna por la guerra de los elementos desencadenados de la revolución..... Tócame, sí, declarar, que era uno de esos grandes hombres cuyo aliento impulsaba y cuyos hechos encauzaban las pasiones.» Al mes siguiente, el ocho de Enero de mil ochocientos setenta y nueve, exhalaba también su último suspiro, en Logroño, el general